

Huellas de vida

Susana Lombardo

Espacio Mariposa
Río Tercero - Córdoba

Apuradísima

Salto los escalones
de dos en dos
mi perrito se enreda
en mis pies
lo esquivo
y sigo bajando sin tocar
los escalones
en un rato morirá mi madre
piso un grillo distraído
se desatan
mis cordones.

Mi mudanza, como todas, sirve para remover recuerdos. Tirar, empezar de nuevo. Mi amistad de años con Tamara, más joven que yo, pero más libre, más auténtica, sirvió para que consiguiera este departamento en su edificio. Me gusta porque lo conocía, está cuidado y sus vecinos ya son mis vecinos, los conocía de antes. Mi ventanal está justo frente de las dos viejas, lindas viejas de sonrisa fácil y hábiles para tejer. Más arriba estaba el loro que se alimentaba de salchicha (yo pensaba que eso podría dañar la salud del animalito).

Cuando cerré la puerta para ir a descansar, lo hice tranquila, relajada, todo me era familiar.

Al otro día ¡sorpresa!... ¡No lo puedo creer! El viejo del colectivo apareció en la casa de las viejas. Una de ellas se levantó para recibirle el saco, la otra saludó con una mueca y desapareció caminando con dificultad.

Le conté a Tamara y ella, en su desparpajo juvenil, me dijo: ¿qué otra cosa pueden conseguir esas viejas?

Soy un viejo jazminero, guardo el secreto de mi seducción. El verano me espera ansioso, mis pimpollos blancos me invaden. Su fragancia me envuelve, despierta recuerdos únicos que me llevan a abrir cada flor, como mensajes sublimes para algunas almas.

Otoño

De madrugada
cae suave balanceo dorado
amarillo.

Otoño,
hojas en balanceo
dorado

Infancia

Con paso cansino
me acerco despacio al
ranchito donde fui feliz
en mi niñez.

Con mensajes que hoy entendí,
olor a humo del brasero,
piso de ladrillos gastados,
techo de paja que guarda canciones
Luna Lunera, cascabelera,
Eran tres alpinos que vivían en el bosque,
Ay ti, Ay ta, rataplán...
Mis ojos se van cerrando en la tibieza
de tus brazos...

Recuerdos infinitos, únicos
que marcaron mi infancia
en tu humilde casa,

Juanita.

Ángulos Indiscretos

Me gusta mirar debajo de la mesa, observar la armonía, o no, de ese espacio. Distraída miro por una esquina que queda descubierta. Ese ángulo mostraba los prolijos zapatos de los invitados. Veo con curiosidad, unos zapatos de mujer, stiletos, creo, acharolados, al lado de zapatos de hombre, muy bien lustrados (por mí). Un destello me hace observar la cercanía de esos pies y sus movimientos, demasiados roces. Reacciono *¡Vamos al balcón parece que hay fuegos artificiales!*, grito. Y así, en un revuelo de sillas y personas, logro el desarme de ese ángulo sensual. Cambio de lugar cuando volvemos a sentarnos, quedo al lado de mi esposo y soy yo la que sigue jugando con sus pies.

Sobras

Llego a mi casa, cansada, aburrida. Detrás de mí llega él, como siempre con un cigarrillo recién encendido. Él sabe qué pienso. *¿Qué pasa?* dice. Mi respuesta, otra pregunta: *¿qué te parece?. Mañana no fumo más y listo.*

Siento que me hierva la sangre, *tan inteligente y no entiende,* pienso. Para ablandar el momento le digo, *¿tomamos un vinito?. Bueno,* me contesta y trae dos copones. Sabe que me encantan. Abre un Malbec, siento el ruido del corcho al salir. Pongo música de piano, suave, cambia el ambiente. *¿Qué comemos hoy? ¡Sobras!,* replico. *No tengo ganas de cocinar.*

El verde invade los sentidos,
aroma a burro
pasionaria,
menta,
cedrón
se camuflan para reconfortarnos.

Es otoño
se nota en los colores apagados de los arbustos.
La incipiente llegada del atardecer de nubes rosadas,
desnuda
nuestros pensamientos

Toda mi vida
se esconde en arbustos
en flores semicerradas
en enredaderas de tallos fuertes,
anudados.
Aromas conocidos, dulces,
secos, agrios
Pasto suave para escuchar una melodía
con los pies y las manos,
con el cuerpo todo,
con el alma,
con el recuerdo.

Mi cabello se enreda con la pasionaria y roza mi rostro su fruto amarillo muestra la vida en su rojo corazón. Me recuesto a disfrutar junto a unas flores lilas. El anochecer las incita a entrecerrar sus ojos.

La silueta delgada de la higuera se esfuerza por sostener sus últimos hijos.

La brisa suave no ayuda
a remontar nuestro barrilete
redondo y brillante.
Tras varios intentos logramos que vuele.
Llega al techo de mi casa, parece
la luna llena,
parece
barrilete pero es
luna.

Es luna radiante que se desliza
muy lenta por el cielo,
por mi techo.

¡Llegamos! Fue un viaje largo en tren. Mi hermano y yo estamos llenos de tierra. Ya en casa de los abuelos. *¡Qué lindo verlos!* Amábamos viajar a Rosario para las fiestas de fin de año. Sentir de nuevo esos olores queridos, el enorme jazminero, el limonero y todas las plantas con flores de mi abuela.

Primera orden: *¡A bañarse!*. Mis abuelos tenían un baño en el que me encantaba sumergirme. Una bañera antigua, la pileta lavamanos era enorme y los jabones de mi abuela eran redondos, perfumados. Yo espiaba todo.

Ya limpios y en pijama nos mandaban a la habitación. Todo estaba perfumado, almidonado, las sábanas nos raspaban cuando nos acostábamos. Jugábamos a los almohadonazos, saltos y terminábamos en llanto por un golpe inesperado o la mano de mamá que no perdonaba. Así, ya rendidos de cansancio nos quedábamos dormidos.

*Piedra en la piedra, el hombre, dónde estuvo?
Aire en el aire, el hombre, dónde estuvo?
Tiempo en el tiempo, el hombre dónde estuvo ?*
Pablo Neruda

Tuve la oportunidad de visitar las ruinas mayas en Tulum, México. No sé por qué siento atracción por aquellas marcas que dejaron nuestros antepasados, seres humanos, como nosotros. Vimos primero la cancha de juego de naturaleza ritual, que simbolizaba la lucha entre la vida y la muerte, el día y la noche, o los dioses del inframundo y el cielo. Lo llamativo de este juego es que si ganaban eran sacrificados y se consideraba un gran honor, una forma de ofrecerse a los dioses y renacer en otro plano. El juego de pelota se llamaba pitz o poc-ta-pok. En la cancha estaban las gradas donde el público enfervorizado, gritaba a favor de uno u otro.

Visitamos las viviendas, tan estrechas como misteriosas. Construcciones bien hechas pero adaptadas a sus necesidades, para sentirse protegidos de enemigos naturales o de otras tribus.

Caminamos por la selva, tenebrosa, modificada por el hombre. Descubrimos especies de altares y piedras grisáceas desparramadas y los interrogantes sin respuestas. Uno de los cuidadores de la zona, muy controlada, me dijo: “Los mayas destruyeron la selva para construir sus templos y casas, abandonaron todo y la selva volvió a recuperarlo”. Pude ver sorprendida la selva naciendo entre las ruinas, una gran cantidad de árboles habían regresado.

Esta publicación reúne textos
escritos por Susana Lombardo
durante el taller

“¿Estás ahí?” 2025.

Fue editada y maquetada por
Carolina Pittinari. Se terminó de
imprimir en Espacio Mariposa una
tarde de sol de noviembre, en el
patio la manguera abierta formaba
un arroyito caprichoso entre los
yuyos.